

Las cámaras congelaban la escena a cada flash. La sala de prensa estaba abarrotada por colegas míos, reunidos para escucharlas y llevar sus voces a México y el mundo en vivo. Ellas tan solo nos observaban inquietas por empezar. Indicaron que el traductor se encargaría de sostener la conversación. Ya en nuestros sitios, el evento comenzó.

—Un gusto poder tenerlas aquí, chicas,—dijo uno de los periodistas a Lida Azizi, en el extremo derecho del panel—. Las “Soñadoras afganas”. Son un grupo de jóvenes peculiares de entre los trece a dieciocho años, promotoras de “un mundo con igualdad de género”. Cómo lo twitteo nuestro canciller al darles la bienvenida. Días atrás envueltas en una situación que el mundo no desconoce y hoy al otro lado, en un ambiente completamente diferente, ¿cómo se presenta este cambio en ustedes?

—Fue abrumador—fueron las palabras de la chica—. Tras varios intentos fallidos conseguimos volar a Qatar y conseguimos el asilo temporal en México, no sin antes cruzar unos cinco países más... Realizamos muchos trámites, pero al fin estamos aquí. No es la primera vez que pasamos por algo así. En 2017, fuimos aceptadas en el Campeonato Internacional de Robótica celebrado en Washington DC. Nos negaron la visa varias veces y el gobierno afgano confiscó nuestros materiales de robótica. Pese a todos los obstáculos y gracias al apoyo internacional, conseguimos viajar y ganar el premio especial.

—Es increíble todo lo que tuvieron que pasar—prosiguió un segundo reportero—. Tenemos conocimiento que un grupo de periodistas afganos y sus familiares han arribado a México, ¿tienen algo que declarar frente a tal ayuda humanitaria?

—Todo ha sido excelente. Muchas organizaciones nos brindan alojamiento y alimentación de manera gratuita. Estamos muy agradecidas por ello y anhelamos lo mismo para nuestros compatriotas—contrastó la que respondía al nombre de Kawsar Roshan—. Somos conscientes del sinnúmero de víctimas de abuso, malos tratos y violencia que buscan refugio en otras tierras, son miles las personas que, como nosotras, han tomado la difícil decisión de dejar atrás todo y han salido para encontrar un lugar seguro. Algunos de los nuestros están asustados, sin nada en sus manos y lo único que no quieren recibir son malos tratos.

—Que bueno que mencionara el conflicto que sucede en su país, señorita Roshan—una tercera periodista se sumó al debate—. ¿Nos puede brindar su testimonio sobre dicho punto, señorita Salehi? Saghar Salehi extendió el micrófono para contestar, sus hombros parecían contener el peso de contar su verdad, y aunque sus labios no pronunciaban alguna palabra, tomó aire y dejó de estar callada.

—El ascenso talibán solo ha complicado aún más nuestra sociedad. Aún sin su régimen, sufríamos discriminación por nuestro género, muy pocas oportunidades del gobierno y mucho menos su apoyo. Todo lo que hemos logrado ha sido por nuestro esfuerzo, por todas las energías que le invertimos a impulsar nuestro programa Digital Citizen Fund.

—¿Podrían explicarnos más sobre su proyecto?—dijo otra voz.

—Este buscó empoderar a las niñas y enseñarles sobre ciencia; conocimientos para que así pudieran expandir sus horizontes parametrados por la ideología arraigada en una nación donde el rol de las mujeres restringido a funciones domésticas a lo largo de años. Intentaron hacernos sentir que nuestro

trabajo no valía la pena. obstáculo tras obstáculo, sin embargo, no nos dejamos. Lo realizamos en Harat, una de las provincias más alejadas a Kabul por más de ochocientos kilómetros y el lugar donde vivíamos; la misma que estuvo entre las zonas más afectadas por la pandemia. Ahí estábamos sufriendo por la falta de respiradores para los pacientes. Las bajas masivas eran cosa de todos los días. Empezamos a ayudar como pudimos. Construimos unos respiradores utilizando un diseño de ingenieros estadounidenses y piezas de repuesto de autos; varias nos enfermamos por exponernos, pero no importó porque salvamos vidas. Lo que sí nos duele es el esfuerzo de meses destruido en días. Otra de las chicas intervino.

—Esto ya no se puede callar. El régimen talibán ha vuelto a imponer sus prohibiciones, restringiendo nuestros derechos para someter a nuestra gente a una “normalidad” que bajo ningún derecho puede llamarse normal. Este problema ya estaba presente muchos años antes. Es horrible ver como tu gente no tiene alternativas. Abandonar la tierra en la que se creció, ver a familias separadas, torturadas y asesinadas y tantas víctimas injustamente castigadas; Las palabras jamás abarcaría como se desgarran el alma cuando entiendes que tu vida ya no te pertenece.

Reparé que a ese punto, todas las que conformaban la mesa de entrevistadas contenían sus lágrimas. Más de un rostro inmóvil, como si hubiera visto a un fantasma. Me recorría un temblor desde la punta de los pies hasta generar un vacío en el estómago. La angustia de quizás jamás comprender a esas niñas porque solo quién lo sufría en carne propia, podía hacerte sentir tanta desolación. Habían puesto en exhibición un lado vulnerable, la realidad de esta guerra. Estaban en un país muy diferente al suyo, contando tan solo con ellas mismas y sin conocer a nadie. Seguro sus familias enteras estaban aún en Afganistán, a merced del peligro latente, sin tener la menor seguridad sobre el futuro y fue ahí cuando me di cuenta que no solo eran ellas. Era una nación entera que tenía esos sentimientos encontrados.

—¿Habrá más preguntas o ya nos podemos retirar?—Preguntó de repente Maryam Roshan, aparentemente hermana de Kawsar.

Me di cuenta que era mi turno. El encargado del micrófono me miró esperando respuesta. No quería incomodarlas más de lo que ya estaban, pero sentía la necesidad de cambiar la imagen que sentía en el ambiente; eran fuertes guerreras y anhelaba que el mundo no las viera vulnerables, sino lo que son de verdad, mujeres poderosas. Concentré todo el valor posible en mi garganta para que mi voz no se quebrara y antes de que se levantaran, formulé mi pregunta.

—Fatimah Qaderyan, ¿si los tuviera de frente, qué les dirías a quienes hacen tanto daño?

—Ellos con palabras no entienden. las niñas como nosotras nos vemos con muchas dificultades, por eso agradecemos todo el apoyo recibido para llegar estar aquí. Mi mensaje no es para ellos sino para todo aquel que intervino para que estuviéramos aquí y para cada mujer que me ve. No solo salvaron nuestra vida sino también nuestros sueños, esos que buscamos se hagan realidad. Nuestra historia no terminará triste para los talibanes, ni para ningún otro que quiera silenciar nuestra voz, no mientras vivamos, porque mientras resistamos habrá esperanza.—Aseguró con tanta firmeza que me convenció. Sin duda, ellas lo lograrían.